

SANCHO GARCÍA I., *La joven María Zambrano y su incipiente metafísica femenina*, Editorial Comares, Serie Filosofía Hoy, Granada, 2020, 138 págs.

Existe un saber o ciencia que aspira dialogar con la «conciencia del universo» (p. X); ese conocimiento constituye las entrañas del ser humano, su identidad más auténtica. Tejiendo, entonces, el hilo del camino accidentado que es la historia del pensamiento universal, detectamos de inmediato que la metafísica ha disfrutado de un papel esencial.

Si se entiende por metafísica, cierto afán de buscar lo que se halla más allá de los datos empíricos, dando sentido a la humanidad y a sus inquietudes, se comprende por qué la filosofía de María Zambrano fue metafísica desde sus brotes.

Desarrollando su refinada sensibilidad filosófica y «femenina», la filósofa malagueña, ha rastreado el Logos con el instinto de una madre que vigila el crecimiento de su hijo. Isabel Sancho García nos guía en un trayecto que recorre las etapas de formación de esta «figura metafísica esencial en la España del siglo veinte» y, de paso, nos ayuda a formarnos como lectores y pensadores atentos a los más sutiles cuestionamientos de carácter trascendental.

El llamativo volumen que se presenta, estructura sus capítulos en el análisis de las tres obras zambranianas que delatan la palpable raíz metafísica de su producción: *Horizonte del liberalismo* (1930), *Hacia un saber sobre el alma* (1933-1944) y *Delirio y Destino* (1951). El pasaje propedéutico para adentrarse en textos así de complejos, es el biográfico. Doña María fue, antes de todo, una niña despierta y apta a sorprender con su incipiente amor por el saber. «La

existencia de la mujer aún cuando existe por sí misma, va todavía insolublemente ligada al amor»: ella, fiel a sus palabras, quiso profundamente el conocimiento y lo hizo a partir de las enseñanzas de su padre. La influencia que Don Blas Zambrano gozó en el proceso que convirtió a su primogénita en una intelectual, es sobresaliente. Fue un político comprometido con su sociedad; un masón atraído por la poesía, por percibir su afinidad con el sentimiento religioso; pero también un hombre doblegado por la tendencia al suicidio y las múltiples conquistas amorosas. María afronta esta figura paterna coloreada de luces y sombras, para aprender a mirar como dirá en su dedicatoria al propio Don Blas (p. 58), en *Horizontes del liberalismo*. La razón poética queda encaminada. El peso que la religión tiene en el pensamiento zambraniano queda establecido. Desde este punto de vista, además de la importancia de Doña Araceli Alarcón que adelanta en sus clases segovianas lo que será la razón mística de su nieta, cabe destacar las huellas que el abuelo paterno dejó impresas en su nieta. Fue un hombre que tenía conexión con el movimiento de los alumbrados y con el iluminismo, eso aclararía según José Luis Mora, tanto el enlace entre el siglo XVI español y la reforma religiosa moderna, como «la religiosidad que en la interpretación zambraniana lo invade todo» (p. 14). En el entorno familiar, se engendra la metafísica de una filosofía que abraza la fe católica de manera total, pero a la vez crítica. La suya acabó siendo una «metafísica cósmica», una «metafísica-religiosa universal» entroncada en las tres religiones monoteístas. No olvidemos, que su primo hermano querido, Miguel Pizarro, facilitó a la adolescente María, claves para recordar el origen sufí del misticismo español moderno.

Hablando de la relación de la joven María con su entorno universitario, fue una filósofa europea *primera*, (p. 22) al igual que Hannah Arendt, por ser pensadoras pioneras en un ámbito receloso a la hora de acoger a mujeres con un nivel y una calidad intelectuales a la par de los filósofos varones de su época. Como recuerda Agustín Andreu, Ortega hace que su alumna empezara a pensar acerca del puesto del «cosmos en el hombre» (p. 39). La joven Zambrano califica el alma cual eje central de su metafísica, desde la relevancia con la que contaba en la herencia del cristianismo. «¿Intuía Ortega a una María mística en cierta medida?» (p. 41). Luego vino el soplo espiritual que trajo el exilio, la experiencia existencial que todo ello conllevó, incluido el encuentro más prolongado con América.

Tras el análisis biográfico, cobra vida él de los textos. Se abordan temas como el liberalismo de la línea de Nietzsche, Don Blas, Machado, Ortega, Marañón. El liberalismo se presenta como curación para la realidad política enfermiza de España y del mundo. Además, se trata de la relación entre el individuo y la Historia, que hace del *Adsum* zambrano, un «delirio y destino» compatible con las inquietudes metafísicas de todos los seres humanos actuales y pasados. La culminación de este proyecto será *Hacia un saber sobre el alma*, con su «Metafísica de la vida» y los grandes problemas de «Nuestro tiempo». La autora nos recuerda que para María nacer es una tragedia, porque nacer implica convertir en concreción el sueño de nuestros padres, es decir, primeramente el sueño de Dios. Pero a la vida le damos forma nosotros, cada uno con una forma espiritual propia, acompañando cada acción con el ejercicio de nuestra libertad. El núcleo del pensamiento metafísico zambrano, es pues, una razón que se hace poética, que delira, que deja al margen el saber racionalista para defender la idea que el alma es vida y que el conocimiento tiene que concretarse y aprovecharse a favor del existir de los hombres.

La joven Zambrano, en armonía tal vez con Teresa de Jesús, anhela hallar un conocimiento que acaricie el interior del hombre, que ponga en movimiento su imparabile

estado naciente. Se traslada la metafísica de lo teórico al individuo concreto, de la lógica a la experiencia de vivir. «Es un proyecto el de María que rechaza esa carrera hirsuta en el sentir y solitaria en el vivir del filósofo occidental, en pro de una vida más profunda más propia, que sea de «revelación de sus entrañas», donde el pensamiento más de corazón, atiende su hondura, sus malestares, sus infiernos, su divinidad» (p. 134). De esta forma se recupera la metafísica a principios del siglo XX. Así una aprendiz filósofa moldea una propuesta de salvación del hombre contemporáneo de sus fragilidades existenciales. Así María Zambrano se prepara a ser la pensadora madura, presente en los «Claros del bosque». – VERONICA TARTABINI

SEPÚLVEDA DEL RÍO, I., *La vivencia religiosa en el mundo secular. Trascendencia e individualidad desde la perspectiva de Charles Taylor*, Biblioteca Teológica Granadina, Granada, 2019, 303 págs.

No es exagerado decir que *Ser y tiempo* de Martin Heidegger es uno de los libros que han marcado la historia contemporánea de la filosofía y el momento presente. Sin embargo, en ese libro no hay ninguna palabra dedicada ni al amor ni a la religión. Cómo sea eso posible es algo absolutamente lejano al acercamiento de Charles Taylor a la religión, objeto central del libro que comentamos. Ignacio Sepúlveda en este estudio, que surge de sus investigaciones doctorales y postdoctorales y prologado por Jesús Conill, piensa al ser humano, la religión y el momento presente tomando como interlocutor fundamental al filósofo canadiense. Unido a los análisis de este filósofo el autor acompaña las reflexiones con el aporte de Xavier Zubiri. Los dos, tanto Taylor como Zubiri, han planteado la cuestión de la religión no en la problemática del «sentido» del ser, sino desde la trascendencia y de la religación respectivamente. Nos encontramos, pues, con dos acercamientos al hecho religioso y sus implicaciones antropológicas, culturales, políticas desde un horizonte que no es ni el planteamiento clásico medieval, ni sólo el moderno ilustrado y, por supuesto, tampoco el de la hermenéutica de la facticidad.